

TALLER del EDI NOVIEMBRE 2013

¿El “modelo kirchnerista en su fase final? Balance, perspectiva y una salida desde la Izquierda

Por José Castillo (*)

(*) Miembro de la Dirección Nacional de Izquierda Socialista en el Frente de Izquierda. Profesor e investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la UNICEN. Miembro del EDI y de la Sociedad de Economía Crítica

DIAGNOSTICO

Elementos estructurales

La crisis económica mundial

Es común patrimonio de la izquierda haberle dado toda su importancia a la crisis capitalista mundial abierta a mediados de 2007. Más allá de los matices y las discusiones teóricas sobre su origen, duración y perspectivas, todos hemos percibido que nos encontrábamos ante un fenómeno de alcance histórico, quizás solo comparable a la década del 30 del siglo pasado. Una de las mayores fortalezas del diagnóstico que vienen realizando distintos economistas de izquierda es justamente tratar de ubicar en este marco la perspectiva de la situación económica, política y las tendencias de la lucha de clases en la Argentina. En el caso del Frente de Izquierda, ya desde sus documentos fundacionales de 2011 y en todos sus textos programáticos de 2013, hemos puesto énfasis en comenzar por esta ubicación.

Partiremos, entonces, del dato obvio de que la economía argentina es parte inescindible de la economía capitalista mundial. Como definiremos más abajo la ubicación de nuestra formación social es la de un país semicolonizado (en particular, pero no exclusivamente, por el imperialismo yanqui) sometido a los avatares del capitalismo imperialista tal como este se presenta en los comienzos del siglo XXI. Es justamente por eso que no hay diagnóstico completo posible para la economía argentina sin partir del marco de la crisis mundial capitalista abierta en 2007. Desarrollaremos entonces un breve estado de la cuestión de la misma.

En el marco de un capitalismo imperialista mundial en crisis crónica desde hace 40 años (con crisis agudas recurrentes como la de del petróleo de 1973 y 1979, la de la deuda externa latinoamericana de 1982, el crack de Wall Street de 1987, la crisis japonesa del Nikkei de 1989, el Tequila de 1994, la crisis del sudeste asiático de 1997, la rusa de 1998, el estallido de la burbuja de las punto com en Estados Unidos en 2000 y la crisis Argentina

de 2001) la fase comenzada en 2007 ya lleva 6 largos años de continuidad¹. Estados Unidos permanece en un crecimiento lentísimo, casi de estagnación e incluso con serios riesgos de estar generando una nueva burbuja especulativa en sus mercados bursátiles (aún a pesar de la lentísima recuperación). De hecho su economía está sostenida por los estímulos de la Reserva Federal y su compra mensual de bonos en la elevadísima suma de 85.000 millones de dólares (el llamado QE3), mientras mantiene serios problemas para sostener políticamente el incremento del déficit presupuestario. Europa, si bien este año ha “salido” de lo más agudo de la crisis vivida en 2011-12, no resuelve ninguna de las contradicciones del proyecto Euro-Unión Europea: continua con muchos países con crisis políticas abiertas (entre ellos nada menos que Francia), no ha resuelto el problema de la relación endeudamiento/ajuste en los países del sur de Europa, y la competencia entre la Banca central europea y la británica, con políticas opuestas, no visualiza un panorama tranquilo.

En el caso de los denominados Brics, que habían capeado la primera parte de esta crisis (particularmente el período 2009-2012) en base a la recuperación de los precios de las commodities y al sostenimiento del boom económico chino, a partir de 2013 se encuentran con una menor tasa de crecimiento.

Entrando ya a la relación de la crisis mundial con la Argentina, debemos decir que esta ha golpeado en forma disímil: muy fuerte a partir del último trimestre de 2008 y los tres primeros de 2009, pero luego, gracias justamente a la particular relación argentina con los Brics, el impacto ha sido menor.

Tomando entonces para el análisis como centro el momento en que nuestro país se vio más afectado (2008/9), procederemos a enumerar las “vías de contagio”. Estas han sido fundamentalmente tres:

- a) La volatilidad del precio de las commodities en general y de la soja en particular, ya que esta entró en un tobogán descendente a mediados de 2008, del que se recuperó al año siguiente.
- b) La iliquidez en el mercado financiero internacional. Esto afectó a la Argentina de varias formas, en primera instancia impidiéndole acceder a nuevos créditos o refinanciar los existentes (recordemos que el primer intento de “acuerdo” con el Club de París fue suspendido justamente en medio de lo más agudo de la crisis de setiembre de 2008). También generó una fuerte repatriación de utilidades por parte de las casas matrices de las transnacionales que actúan en nuestro país, necesitadas de capitalización ante los problemas en sus países de origen. Y también fue uno de los elementos que aceleró la llamada “fuga de capitales” por medio de diversos mecanismos especulativos.

¹ Hemos desarrollado extensamente el tema en Castillo (2009) y (2012).

- c) Las grandes empresas transnacionales que operaban en la Argentina empezaron partir del último trimestre de 2008 a recortar horas extras, adelantar vacaciones, suspender e incluso despedir, dando origen a un alza de la tasa de desempleo que rompió la tendencia al incremento de la ocupación que venía dándose desde la salida de la crisis de 2001.

El carácter semicolonial de la formación económico-social argentina

Señalamos estos elementos típicos del año 2009 porque, aun cuando la economía argentina se recuperó a posteriori, en los años siguientes, ha seguido estando sometida al riesgo de verse afectada por nuevos episodios de la crisis mundial en curso. Por eso, mantener la atención en los tres canales de contagio antes citados resulta imprescindible.

Esta “vulnerabilidad” de la Argentina a los avatares de la economía mundial nos lleva a la primera afirmación fuerte de nuestro diagnóstico, de tipo estructural. Seguimos sosteniendo que la economía argentina es la de un país semicolonizado por el imperialismo, lo que viene generando desde hace décadas una fuerte decadencia económica, política y social, además de crisis recurrentes.

La semicolonización de la economía argentina con respecto a los Estados Unidos no es nueva. Lleva más de 60 años. Se abrió con el golpe de 1955, tras lo cual comenzó una etapa de decadencia económica y social de nuestro país, atado a la vez a los vaivenes de las crisis económicas mundiales. De ahí que la Argentina, siendo un país que mantuvo un relativo desarrollo capitalista hasta el período 60/70 (con todas las contradicciones largamente estudiadas de lo que implicaba el denominado “modelo de sustitución de importaciones”), desde entonces ha venido retrocediendo aceleradamente.

De 1976 al presente: la continuidad de un régimen de acumulación

La semicolonización argentina ha adoptado una forma particularmente aguda a partir de la instauración del régimen de acumulación que comenzó con la dictadura militar y que continúa hasta la actualidad. Esta es nuestro planteo central, del cual se desprende el resto del análisis. Existe un alto grado de acuerdo en amplias capas de economistas, historiadores y sociólogos de diversas vertientes en sostener que, a pesar del cambio de régimen político operado al final de la dictadura, ha prevalecido la continuidad del régimen de acumulación que comenzó con la dictadura, e incluso que este se ha profundizado durante la década menemista.

Sabemos que, en cambio, hay un debate acerca de si nos encontramos, a partir de 2003 ante un nuevo “régimen de acumulación” que habría revertido las tendencias precedentes. Esta es la posición general de los distintos economistas kirchneristas. En versiones más refinadas, y aceptando que hay elementos de continuidad con el período 1976-2002, la

misma posición es sostenida por economistas como como Eduardo Basualdo². Otros economistas, aun aceptando y a nuestro juicio sobrevalorizando algunas políticas kirchneristas, han seguido sosteniendo que prevalecen más las continuidades que las rupturas con el modelo de acumulación anterior³. Nuestra postura es exactamente la contraria: observamos una fortísima continuidad de los rasgos estructurales del modelo de acumulación comenzado por la dictadura. Hemos desarrollado esto con profundidad en un texto presentado a un taller anual anterior del EDI⁴.

Por eso, sintéticamente, en este artículo vamos a repasar solamente tres elementos, centrales al discurso kirchnerista, que nos permitirán defender la tesis de la continuidad con el régimen de acumulación hegemónico desde la segunda mitad de los 70. El mito de “la mayor independencia económica”, que confrontaremos con la mayor extranjerización de nuestra economía. Un “submito” al que también nos referiremos brevemente: el del “desendeudamiento”. La segunda afirmación del discurso kirchnerista remite a la “reindustrialización”, mientras que nosotros nos referiremos, por el contrario, a una reprimarización de nuestra estructura productiva. Y, finalmente, marcaremos las continuidades de la década menemista con los noventa en lo que respecta a la distribución de la riqueza, desnudando el mito de la “redistribución”.

Bajo el kirchnerismo ha continuado la extranjerización de la economía argentina. En lo esencial se ha dado continuidad al proceso de concentración económica en manos extranjeras y de unos pocos grupos económicos locales. Esto es particularmente visible en la composición del comercio exterior argentino, con más de la mitad de las exportaciones en manos de oligopolios extranjeros, número que se eleva más cuando analizamos la cúpula de las mayores exportadoras. Las mayores exportadoras de cereales son extranjeras, pero también son transnacionales el 100% de las nuevas inversiones mineras, de las terminales automotrices y se registra un acentuado avance en muchos otros rubros.

Todo esto va a generar un altísimo grado de vulnerabilidad de nuestro sector externo. Creemos que el elemento central sigue siendo el endeudamiento externo de nuestro país, tanto su monto de capital, como el de los servicios a pagar anualmente, el carácter del endeudamiento y su dinámica. Este es el tema más importante, cualitativa y cuantitativamente.

Y acá chocamos, sin duda, con el relato oficialista del “desendeudamiento”. No es nuestro objetivo desmentirlo en este trabajo (ya le hemos dedicado otros específicamente⁵). Digamos simplemente que un gobierno que asumió debiendo 140.000 millones de dólares, realizó dos canjes (y va camino a un tercero, que lleva pagados en efectivo en estos diez

² Basualdo, Eduardo (2011)

³ Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín (2010)

⁴ Castillo (2010)

⁵ Castillo, José (2010), y también Documento del EDI (2010, 1)

años 175.000 millones de dólares y que hoy reconoce oficialmente adeudar 200.000 millones, difícilmente pueda sostener que “la deuda no es un problema”. Sumémosle a esto que desde el propio Banco Central se reconoce que el 75% de la pérdida de reservas de los últimos dos años se debe a pagos de servicios de deuda, que el país no ha solucionado aún porciones de endeudamiento que para los organismos internacionales implican situaciones de “default”, como la deuda con el Club de París, los fallos adversos en el Ciadi (que se han comenzado a “regularizarse”, pagando alguno de ellos), y el conflicto jurídico con los fondos buitres. Y más aún, que al considerar todas las deudas oficiales de la Argentina (nacionales y provinciales) junto con los montos que “no aparecen” por artilugios contables, el endeudamiento total asciende a casi 300.000 millones de dólares.

Pero el carácter semicolonial de nuestra economía se expresa también analizando nuestra balanza comercial. Es cierto que, en esta etapa, no operan ya los mecanismos del intercambio desigual, debido al boom de los precios de las materias primas. Sin embargo seguimos dependiendo de la volatilidad de los precios de las commodities. Un análisis básico de nuestras exportaciones nos demuestra la altísima presencia del complejo agrícola (en particular sojero). Las exportaciones, que crecieron exponencialmente en la década, se han concentrado además en un grupo reducido de monopolios transnacionales vinculados al sector. Esta concentración y extranjerización se verifica también en las exportaciones industriales, siendo el ejemplo más grande el sector automotriz, compuesto en un 100% por empresas transnacionales (y con una altísima dependencia de autopartes importadas).

Pasemos ahora al tema de la industria. A pesar del doble discurso, no es cierto que se haya dado un proceso de reindustrialización. Solo hay una recuperación respecto a la caída en lo más profundo de la crisis de 2001. Mientras que en la última etapa de la sustitución de importaciones (período 1975-79) la participación de la industria en el PBI era del 30,76%, en la década del 80 ya se había reducido al 23%, durante el menemismo siguió retrocediendo (19,81% en 1993 y 19,54% en 2000), estando en 2011 en un 17,90%. Afirmamos entonces, que, contradiciendo al discurso oficial, la economía argentina se está re-primarizando. El sector económico más dinámico y que más crece es el primario (agricultura y el extractivo-minero). Si planteamos la comparación por el lado del sector que ha obtenido más utilidades, sigue siendo el terciario, en particular el financiero.

Todo esto nos deja, como síntesis, una industria oligopolizada y extranjerizada, que presiona también por remisión de utilidades al exterior, tornando más vulnerable aún la balanza de pagos. Casi todos los rubros industriales, entre ellos los que aparecen como “estrella”, como el automotriz o la electrónica de Tierra del Fuego, son deficitarias⁶.

Un elemento que debemos incorporar también al análisis y que acrecienta, no sólo el saqueo semicolonial, sino en particular la vulnerabilidad externa, es la creciente crisis

⁶ Para un análisis detallado, ver Guillermo Gigliani y Gabriel Michelena (2013)

energética, que ha terminado decantando en una balanza deficitaria del sector creciente exponencialmente.

Y, como elemento complementario, pero no por ello menos importante, de que el hecho de que el centro de acumulación de nuestra economía no es la producción industrial también se verifica en la continuidad de todas las maniobras típicas de la hegemonía financiera, como los “agujeros” para la fuga de capitales, las operaciones “legales” o “para-legales” para la fuga de divisas (de la cual la más patética es el denominado “contado con liqui” –compra de bonos nominados en moneda extranjera con pesos, venta automática en el exterior y “obtención legal” de dólares-.

Finalmente, señalemos que, en el balance de la década, no hubo redistribución de la riqueza. Así lo refleja el 34,5% de trabajadores en negro, la mitad de la fuerza de trabajo en blanco ganando menos de la canasta familiar, la virtual desaparición del aguinaldo comido por el impuesto al salario, el 35% de fuerza de trabajo tercerizada, el 75% de los jubilados ganando una mínima de miseria (2400 pesos), lo que termina decantando en un 20% de los hogares argentinos recibiendo ingresos (sumando tanto salarios como jubilaciones y planes sociales) inferiores al salario mínimo vital y móvil, entre un 25 y un 30% de la población bajo la línea de pobreza, tres millones de jóvenes de entre 18 y 25 años que ni estudia ni trabaja y un 10% de indigentes. El kirchnerismo, además de “esconder” estos números detrás de las manipulaciones estadísticas del Indec, se escuda haciendo comparaciones contra el piso de la crisis de 2001. Pero la real comparación, la que marca el hilo de continuidad con el régimen de acumulación, es que los indicadores socio-económicos de nuestro país son actualmente similares a los de mediados de la década del 90, en pleno ciclo menemista⁷.

Los elementos de la coyuntura

Las vulnerabilidades estructurales de la economía argentina no salieron plenamente a la luz en el período que va del segundo semestre de 2002 hasta fines de 2006. Ahí se dio un alto crecimiento del PBI, superávits gemelos (fiscal y comercial), fuerte recuperación de las reservas del Banco Central, unido a crecimiento del empleo y una cierta recomposición de los salarios reales (por lo menos en el sector privado en blanco bajo convenio). No es objetivo de este trabajo analizar las causas ni el devenir de este período en particular⁸. Pero sí debemos subrayar que esa etapa coincide exactamente con un momento de crecimiento del conjunto de los países de la economía mundial, a caballo de las crisis del año 2001 y con anterioridad a la que iba a estallar en Estados Unidos en julio de 2007.

⁷ La intervención del Indec y total distorsión de los indicadores sociales impide contar con una medida indiscutida. Los valores citados son en general coincidentes a los que señala el Observatorio de la Deuda Social de la Iglesia Católica, y los centros de estudio de ambas CTA, incluyendo a CIFRA, de la CTA oficialista.

⁸ Al respecto remitimos a Castillo (2006)

El año 2007 comúnmente es también incluido en este primer “período” de la economía kirchnerista, aunque debemos remarcar que en el mismo ya se da la aceleración de la inflación, cuestión que va a ser central, tanto para el deterioro del nivel de salarios reales, como para la paulatina apreciación del tipo de cambio que terminará horadando la competitividad de la economía argentina.

Como citamos más arriba, los años 2008 y 2009 (y con más precisión el período iniciado en el último trimestre de 2008 y culminado en el tercer trimestre de 2009) son aquellos donde la crisis mundial pega de lleno sobre la economía argentina, entrándose por única vez en toda la década kirchnerista en recesión económica. El primero de esos años está cruzado a la vez, por el denominado “conflicto de la Resolución 125”, que ya analizamos en otro trabajo⁹.

A esto le seguirá un proceso de fuerte recuperación, entre fines de 2009 y el último trimestre de 2011, donde se sucederán algunas decisiones políticas fundamentales para el fortalecimiento no sólo económico sino también político del gobierno (estatización de las AFJP, “toma de control” de las reservas del Banco Central, Asignación Universal por Hijo).

Y luego vendrá el momento en que se irán configurando los desequilibrios que se agudizarán en la actual coyuntura (poniendo como fecha de arranque el establecimiento del denominado “cepo cambiario” a comienzos de noviembre de 2011). Es interesante remarcar que el actual período (2012-2013), si bien va a presentar un conjunto muy grande de desequilibrios y problemas, sin embargo no va a llegar a la recesión económica: el PBI continuará creciendo, si bien a niveles sustancialmente menores que el primer período exitoso (2003-2007). Así el crecimiento de este año, más allá de la dificultad para determinar el número exacto, ya que también aquí opera la manipulación del Indec, no superará en los cálculos más oficialistas el 4,5%, pero el de 2014 será menor. Como dato observemos que la Cepal, colocó el crecimiento económico de 2013 por encima de la media regional (que es de 3,7%), pero para 2014 proyecta un crecimiento del PBI argentino de apenas el 2,6%, mientras la media latinoamericana está calculada en una suba del 3,2%.

Los desequilibrios abiertos desde noviembre de 2011

Las diferencias entre el período actual y la coyuntura 2002-2007 son abismales. Ya no hay superávits “gemelos”, ni reservas del Banco Central crecientes, ni inflación reptante pero por detrás de las subas salariales en blanco. Se acabó además la capacidad ociosa industrial y no fue reemplazada por una tasa de inversión que sostenga el crecimiento. Incluso se acabó la utilización de stocks para financiar al estado (como por ejemplo con la estatización de las AFJP, o las propias reservas del Banco Central). El endeudamiento interno, léase “empapelamiento” del Fondo de Garantía del Anses, y el estado de los activos (no sólo las reservas) del Banco Central, no permiten siquiera un shock anticíclico como el de 2009-

⁹ Castillo (2008)

2011. El déficit fiscal, motorizado no sólo por los pagos de deuda, sino también por la masa de subsidios (100.000 millones de pesos anuales) son otra expresión de la virtual quiebra del Estado.

Algunos pocos datos sirven para ilustrar lo mencionado en el párrafo precedente. Las caída de las reservas, desde un pico de 52.000 millones de dólares hasta su valor actual a fines de 2013 en apenas por encima de los 30.000, pero con una alarmante tendencia a la aceleración del descenso, ya que cayeron 13.000 millones en 2013 (basta mencionar que las proyecciones “optimistas” de economistas del oficialismo coinciden en señalar un valor cercano a los 20.000 millones para fines de 2014). Y aún los mismísimos 30.000 millones de las reservas actuales tienen el problema de que 7.500 de ellas no son otra cosa que encajes por depósitos en moneda extranjera (que también vienen teniendo una tendencia descendente, ya que había 14.800 millones de dólares en noviembre de 2011 y hoy su monto asciende apenas a 6.640 millones) y hay otros 2.500 que son fondos tomados del Banco de Basilea.

La escasez de divisas es extrema, dada la necesidad de las mismas para cubrir innumerables rubros deficitarios. Además de los pagos de deuda externa antes citados, nuestro país tiene un creciente déficit en la balanza energética (que actualmente es de 7.470 millones de dólares, pero las proyecciones 2014 lo llevan a 11.000 millones), en el sector automotriz (5.700 millones), en la electrónica –fundamentalmente a partir del ensamblado de Tierra del Fuego- (5.000 millones) y hasta en el sector turismo (9.000 millones). La contraposición a todo esto es que el fuerte crecimiento de las exportaciones del período 2003-2008 (donde se incrementaron un 50%) se ha casi detenido: entre 2009 y 2012 la suba fue de apenas 17%, y este año se ha amesetado.

En el frente fiscal los problemas también son muy graves. El “momento kirchnerista” de superávit fiscal alcanzó su pico en 2004 (superávit de 11.675,8 millones de pesos, 3,9% del PBI). El primer déficit apareció en 2009 (7.131,1 millones, un 0,4% del PBI). Este año ya estaremos en un déficit de 74.106,4 millones (2,6% del PBI)¹⁰. Pero hay otros estudios que incluso hablan de que los valores con que se terminará 2013 serán peores: un déficit cercano a los 110.000 millones¹¹. Y a estos números tenemos que sumarle el déficit de los presupuestos provinciales, que sumados dan entre 20.000 y 30.000 millones de pesos más. Estos guarismos son gravísimos, si tenemos en cuenta que se llega a ellos luego de que el estado ha recibido la asistencia del Banco Central en una suma anual de 35.000 millones de pesos.

Los economistas del oficialismo tienden a darle (discursivamente) una importancia menor a estos valores, afirmando que el equilibrio presupuestario es un tema de la “ortodoxia económica”. Nosotros sabemos que, en determinadas condiciones, presupuestos

¹⁰ Datos del Instituto de Análisis Fiscal (IARAF)

¹¹ Datos de la Asociación Argentina de Análisis Presupuestario (ASAP)

desequilibrados (léase déficits fiscales financiados con emisión monetaria) pueden tener efectos reactivantes sobre economías en recesión. Pero no es eso lo que está sucediendo con el desmadre presupuestario argentino: los subsidios, que ya alcanzan un monto largamente superior a los 100.000 millones de pesos, son juntamente con los pagos de deuda externa, los dos principales “rubros” del explosivo crecimiento del gasto. Son embolsados por sectores nacionales y extranjeros concentrados, en particular concesionarios de servicios públicos privatizados. Gran parte de esta “monetización” es la que está haciendo presión sobre el tipo de cambio paralelo, como el propio gobierno lo reconoce. Por contrapartida, los salarios del sector público y los montos destinados a políticas sociales para población vulnerable (tanto la Asignación Universal por Hijo como los Planes Argentina Trabaja) están casi congelados en valores mínimos, y han perdido aproximadamente el 30% de su capacidad de compra desde su lanzamiento debido a la inflación.

LAS PERSPECTIVAS AL 2015

El gobierno kirchnerista sufrió una derrota el pasado octubre que la caracterizamos como irreversible. No vemos posibilidad de que tenga una “recuperación política” como sí se dio en 2009-2011. Basamos esta afirmación en que observamos una ruptura política profundísima con el gobierno por parte de una fracción mayoritaria de la clase trabajadora y los sectores populares (y más grande aún en las capas medias). No hay entonces condiciones políticas para una recuperación del kirchnerismo (lo que no quiere decir que no pueda haber un reciclaje, y “reconversiones” de figuras oficialistas hacia otros sectores del peronismo).

Pero, en lo que más importa para el análisis que realizamos en este artículo, tampoco vemos condiciones económicas para una recuperación “popular” del gobierno, como sería por ejemplo con un nuevo shock anticíclico, al estilo del realizado a fines de 2009. Ya no existen stocks (como sí existía entonces con los fondos de las aFJP, o incluso con las reservas del Banco Central) con las cuales financiar esto. Las condiciones internacionales, como señalamos en el primer apartado, tampoco jugarían a favor.

Sin embargo, esto no quiere decir que, automáticamente, esto implique una situación explosiva. El gran elemento a favor con que cuenta el gobierno es que el conjunto de la burguesía (nacional y extranjera), la burocracia sindical y los partidos patronales de oposición, apuntan de conjunto a que “se llegue” con la menor conflictividad posible al 2015.

Los acontecimientos de los últimos días, sin embargo, dejan abiertas serias luces amarillas, tirando a rojas, para el gobierno. Este intentó “oxigenarse” con los recambios ministeriales y la llegada de Capitanich. Toda la oposición patronal, los empresarios y la burocracia sindical apoyaron la maniobra, que incluyó la espectacular entrega ante Repsol y el acuerdo

global con el imperialismo para conseguir más endeudamiento. Pero las huelgas policiales y los saqueos llevaron al gobierno a una crisis aguda sin precedentes.

El “relanzamiento” que intentó el gobierno con las modificaciones ministeriales de noviembre, que incluyó la salida de “impresentables” como Guillermo Moreno, la unificación y coherentización de la conducción económica, con Kicillof como ministro y Juan Carlos Fábrega como Presidente del Banco Central y, sobre todo, la entronización de Capitanich en la Jefatura de Gabinete, implicaba con una movida de vasto alcance con el objetivo explícito de llegar lo más ordenadamente posible a 2015.

En línea con todo esto, Kicillof disipó muy rápidamente las dudas que pudieran haber existido en algún sector del establishment económico sobre cualquier supuesto perfil “anti-empresario” (“marxista” llegó alguien a exagerar). El gobierno se jugó a una operación en la que aparecieron entrelazados el FMI (vía el guiño para habilitar el nuevo Índice de Precios del Indec), el Banco Mundial (donde se espera la habilitación de préstamos tras empezar a pagar deudas pendientes del Ciadi) y, por supuesto, la “madre de todas las operaciones”: el pago a Repsol por el 51% de las acciones de YPF. En este caso, se trató, como va quedando claro, no sólo de resolver el conflicto con Repsol para permitir que estos eventualmente ingresen a Vaca Muerta (en similares condiciones de entrega que con Chevron): resultó central el aporte para el acuerdo de Pemex (dueño de parte de las acciones de Repsol), y detrás de esto el rol en la negociación del propio gobierno de México, metido en su propio proceso de privatización del petróleo y actuando como testaferro objetivo de los mismísimos pulpos del petróleo norteamericanos.

La oposición patronal aplaudió el acuerdo con Repsol. Pero nunca debemos perder de vista que se trata de un gobierno en crisis y que difícilmente manobra alguna logre fortalecerlo estructuralmente. Así, los grandes empresarios aplaudieron todo “el operativo Repsol”, pero no por ello dejaron de “jugar su propio juego” para garantizarse sus ganancias inmediatas: en estos últimos 40 días asistimos a una aceleración sin precedentes de la inflación, que va camino a terminar 2014 con el valor más alto de toda la época kirchnerista, orillando el 30% anual (con subas para los bienes de la canasta básica cercanos al 50%).

El centro de la estrategia gubernamental consiste en la obtención de nuevos fondos que permitan recuperar las reservas del Banco Central. A esto apunta las negociaciones para destrabar préstamos del Banco Mundial, los viajes de Kicillof y De Vido a Rusia y China para obtener fondos para financiar obra pública (y en el caso de China para renegociar un swap de 2.000 millones de dólares) e incluso el intento de obtención de divisas vía mecanismos como acuerdos directos con bancos internacionales o la emisión de una letra con seguro de cambio dirigida a que liquiden las divisas acaparadas los monopolios de exportación de la soja. El gran problema sin duda, es si la entrada de estos fondos, se producirán con la suficiente velocidad como para no generar un “descalce” que lleve a una

crisis aguda de divisas incontrolable en el corto plazo. Tema abierto, sin duda, y que es uno de los interrogantes de 2014.

Lo concreto es que el gobierno pretendió “completar” el esquema con un ajuste sobre la clase trabajadora, los jubilados y los sectores populares que reciben planes sociales. Capitanich anunció que esta vez no habría bono navideño, ni aumento de emergencia, ni exención del impuesto a las ganancias para el aguinaldo, incluyendo en esto al conjunto de los trabajadores públicos y privados, a los jubilados y a los que perciben planes sociales.

Al día siguiente estallaron las huelgas policiales y casi simultáneamente los saqueos. Más allá del análisis específico de este hecho con todas sus aristas, que exenden largamente el objetivo de este texto, lo que resultó claro es que la supuesta “fortaleza relativa” que el gobierno parecía recuperar se esfumó en un segundo. Así es como, en estos días, se abrió una profunda crisis política. Y volvió a aparecer el terror en todos los sectores patronales y sus partidos de que se reavive el fantasma del Argentinazo del 2001. Se volvió a expresar con todo las debilidades de un régimen político en crisis en todas sus instituciones (la policía es apenas una de ellas), que el kirchnerismo se había jugado a cerrar en todos estos años.

Ante una crisis que crecía a una velocidad astronómica, casi hora a hora, los gobiernos provinciales (y finalmente también el nacional) terminaron cediendo aumentos a las fuerzas policiales que en muchos casos superan el 50 y hasta el 70%. Los 8.500 pesos, el valor de la canasta familiar, pasaron a convertirse en el piso de lo conseguido, con lugares donde los valores llegaron a los 12.500 pesos. Esto automáticamente comenzó a fogonear el reclamo del resto de los trabajadores estatales provinciales, a ganar “lo mismo que la policía”.

Independientemente de cual sea la dinámica exacta que adquieran estos conflictos en los próximos días, dos cuestiones aparecen con claridad: se reaviva la pelea por el aumento extraordinario de fin de año, y “desapareció” el techo salarial del 20% que trataba de establecer el gobierno para las paritarias de comienzos de 2014. De hecho, el aumento a las policías fijó un “piso” para los reclamos salariales en el futuro inmediato.

El gobierno tiene un solo plan por delante: ajustar, seguir pagando la deuda, profundizar la entrega y apostar a conseguir más endeudamiento para así “llegar” al 2015. La oposición patronal plantea exactamente lo mismo. Sólo difieren en los “ritmos” y en los métodos de la devaluación y el ajuste. Esa es la perspectiva, con el riesgo de que se agudice más aún si la crisis mundial pega un coletazo que nos afecte, como parece ser al empezar una tendencia a la baja de los precios de las “commodities”.

EL PROGRAMA ECONOMICO DE LA IZQUIERDA

El programa económico de la izquierda no es nuevo, ya que se trata de responder a una estructura que, en lo esencial, ha permanecido con los mismos problemas y contradicciones del período anterior.

El programa económico es inescindible del programa político. Luego de la alta votación recibida por el Frente de Izquierda en las elecciones de octubre pasado, y con la responsabilidad que implica la obtención de cargos en la Cámara de Diputados de la Nación, legislaturas provinciales y concejos deliberantes, este debe articularse en función de dar respuesta a las expectativas creadas y a como potenciar la fortaleza política del propio Frente.

Por eso debemos comenzar por entender que la izquierda ha sido votada para que cumpla un programa que consiste básicamente en enfrentar el ajuste, cualquiera sea la forma que el asuma. Se trata de darle materialidad a la consigna “que la crisis la paguen los capitalistas”. De cortísimo plazo se trata de revertir la tendencia a la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos de la clase trabajadora y a la situación estructural de pobreza de vastísimos sectores. Por eso arrancamos con la exigencia de un **salario igual a la canasta familiar**. Esto implica, claramente, un recorte a las utilidades de los capitalistas, y medidas adicionales para impedir que esos incrementos salariales sean “compensados” por los propios capitalistas vía traslación a precios, exenciones impositivas o subsidios. Se trata efectivamente de cambiar cualitativamente la matriz distributiva argentina. En el sector privado, esos aumentos salariales deberán ser absorbidos por los empresarios. En el sector público, serán financiados tanto con una modificación de la estructura de gastos (reducción de subsidios a los empresarios y suspensión de pagos de deuda externa), como de ingresos (reforma tributaria progresiva). Absolutamente atado al aumento salarial está el cumplimiento con el **82% móvil para los jubilados** y con el pago de las sentencias pendientes por malas liquidaciones. Acá lo que aparece planteado es terminar con el uso de los fondos del Anses para destinos diferentes al pago de jubilaciones y pensiones (eliminación del uso esos fondos para pagos de deuda o préstamos a empresas, y redireccionamiento de los gastos sociales que financia el Anses para que lo haga el Presupuesto Nacional) a la vez que lo fortalecemos financieramente con la restitución de los aportes patronales a los niveles anteriores a las exenciones de Cavallo en la década del 90. Y, para que todo esto sea efectivamente viable, planteamos terminar con la intervención del organismo, poniéndolo a funcionar bajo gestión de las organizaciones de jubilados.

Estas políticas de fuerte redistribución salarial deben estar íntimamente articuladas a tres cuestiones:

- a) La reforma impositiva: que comienza con la **inmediata eliminación del impuesto al salario** (técnicamente el impuesto a las ganancias a la cuarta categoría), sigue con una reformulación profunda del impuesto a las ganancias, la eliminación del IVA para los productos de la canasta familiar, y la creación de una serie de impuestos a

las superganancias y a las riquezas (comenzando por la renta financiera) que dote de una real progresividad a la estructura tributaria argentina.

- b) **La eliminación real del trabajo en negro, la tercerización laboral y toda la legislación flexibilizadora de la década del 90**, única forma de que el conjunto de la clase trabajadora, y no solamente los trabajadores en blanco y bajo convenio, acceden a un salario igual a la canasta familiar. Con respecto a la tercerización, planteamos que todos los trabajadores de un mismo sector estén alcanzados por un único convenio, el mejor de los existentes. Con respecto a la lucha contra el trabajo en negro, estamos por una modificación radical, transformándolo en delito grave, con penas que lleguen a la expropiación de la empresa y su cesión al colectivo de trabajadores para que la gestione.
- c) Al mismo tiempo debemos adoptar medidas para que el alza inflacionaria no se termine devorando los incrementos salariales. La primera medida es preservar como sea el salario, las jubilaciones, los planes sociales y la Asignación Universal por Hijo, mediante la **escala móvil**: todos los meses, estos se reactualizarán de acuerdo al costo real del incremento de la canasta familiar. Esto requiere, por supuesto, contar con indicadores creíbles para medir la inflación. De ahí que reclamemos la restitución de todos los técnicos desplazados del Indec por la actual intervención, y dotar al organismo de autonomía para que, bajo la administración de sus propios técnicos y de las organizaciones de trabajadores y jubilados, elaboren los índices respectivos. En lo que respecta a la lucha contra la carestía, planteamos el establecimiento de precios máximos y control de precios reales para los productos de la canasta familiar, y la aplicación estricta de la Ley de Abastecimiento, que autoriza a multar, clausurar y hasta expropiar a la empresa que viole los precios máximos, desabastezca, acapare o genere mercado negro.

Partiendo de la base de que se trata del problema estructural central de la economía argentina, y del eje de la expoliación imperialista, creemos que la viabilidad de todas las políticas económicas que podamos plantear desde la izquierda, giran alrededor de la prioridad de **suspender todos los pagos de deuda externa**. Y de volcar todos los recursos que hoy se destinan a ese fin a incrementar los presupuestos de salud, educación, vivienda, políticas sociales y aumento del empleo. Con respecto a este último, un parte sustancial de lo que se volcaba a pagos de deuda debe destinarse a un plan de obras públicas, que comience con la resolución inmediata del déficit habitacional argentino a la vez que proporcione empleo a la enorme masa que ha quedado desempleado estructuralmente como producto de las políticas de los 90 y la crisis de 2001. El repudio de la deuda externa deberá, naturalmente, ir acompañado del rompimiento por parte de la Argentina con los organismos internacionales (FMI, Banco Mundial, Organización Mundial de Comercio, y la denuncia de los tratados bilaterales de inversión que nos obligan a someternos arbitrariamente al CIADI). El conjunto de estas medidas debe ir acompañada de una activa campaña para evitar el aislamiento internacional apelando al conjunto de los pueblos de

Latinoamérica, por medio de un llamamiento a conformar un Club de Países Deudores que desarrollen idéntica política a la que acabamos de enunciar.

Necesitamos tomar el control efectivo de nuestras reservas, así como del ingreso y egreso de divisas. Nos negamos a demonizar a aquel que compra pequeñas cantidades de dólares para ahorro tratando de protegerse de la desvalorización del peso por la inflación o que sale de vacaciones al exterior porque le resulte más barato que hacerlo en destinos locales. El “cepo al dólar”, tal como se ha aplicado hasta ahora, deja abierta casi todas las grandes “canillas” de pérdida de divisas. Empezando por los pagos de deuda externa (responsable, según reconocieron las propias autoridades del Banco Central, del 75% de la pérdida de reservas de los últimos dos años), y siguiendo por las autorizaciones al “contado con liquidación”, la subfacturación de exportaciones, o la retención de cosecha no liquidada, la sobrefacturación de importaciones, y los innumerables mecanismos de fuga de divisas. Proponemos cortar todo esto de raíz por medio de la **nacionalización del comercio exterior**, creando un organismo estatal que centralice y monopolicie todas las compras y ventas al exterior, así como el conjunto de las autorizaciones para hacerse de divisas. De tal manera, el productor local recibirá el pago en pesos del conjunto de la producción exportable, que será colocada en el exterior por el ente en cuestión, quien recibirá las divisas respectivas. A la vez, en función de las reales necesidades populares, este organismo adquirirá en el exterior los bienes que, coyunturalmente, nuestro país no esté en condiciones de producir.

Al mismo tiempo, es necesario que el ahorro no que sea utilizado para fines especulativos. Para esto planteamos la **Nacionalización de la Banca**. De esta manera, podremos hacer que la masa de depósitos se redirija a otorgar créditos hipotecarios y para el consumo popular a baja tasa, así como para el financiamiento de obras públicas de infraestructura pendientes (como por ejemplo las defensas contra inundaciones, u obras destinadas a reforzar nuestra matriz energética, como las hidroeléctricas).

Planteamos que hay que terminar con los subsidios a las privatizadas, la otra gran erosión de fondos. Una política de subsidios a las tarifas debe ir acompañada de servicios de calidad, y no llenar los bolsillos de los concesionarios. Por eso planteamos la **reestatización de los servicios públicos privatizados**, empezando por el transporte, y urgentemente por los ferrocarriles (que incluye la estatización no sólo de los servicios de pasajeros, sino también de los de carga, necesarios para financiar a los primeros). Las “falsas estatizaciones” kirchneristas nos hacen poner énfasis en que estas solo servirán si se realizan efectivamente **bajo gestión de los propios trabajadores y las organizaciones de usuarios**.

Hay que terminar con el saqueo de nuestros recursos naturales, que nos ha llevado a una gravísima crisis energética. Para ello planteamos rescindir todos los contratos con el conjunto de los oligopolios petroleros y gasíferos que operan en la Argentina. Planteamos

anular los acuerdos de Vaca Muerta, denunciar y no darle un peso a Repsol, y proceder a recrear una empresa monopólica estatal, petrolero-gasífera, **una nueva YPF, gestionada por sus trabajadores y técnicos**, incluyendo los despedidos durante la privatización de los 90. Esta empresa se hará cargo de la totalidad del ciclo, desde la exploración, pasando por la extracción, el refinado y la comercialización. Al mismo tiempo nos oponemos a la utilización en la Argentina de la contaminante tecnología del fracking, y planteamos una planificación de conjunto para reconvertir la matriz energética nacional, incrementando las obras hidroeléctricas, desarrollando energías no convencionales, y, con los controles estrictos respectivos, nuestra energía nuclear.

Creemos también que **se debe prohibir en nuestro país la minería a cielo abierto**, rescindiendo todos los contratos, y desarrollando de aquí en más la actividad minera por parte del estado, con gestión de cada yacimiento por parte de sus propios trabajadores y con acuerdos explícitos de las comunidades locales involucradas.

El conjunto de estos planteos constituyen una propuesta de transición, que deben ser complementadas con otras apuntando al reemplazo de la economía capitalista argentina por un modelo de planificación en camino al socialismo. Porque estamos convencidos que no hay modelo de desarrollo capitalista viable para nuestro país, ni burguesía nacional o extranjera interesada en realizarlo. Y que por lo tanto nuestro futuro y el de nuestros descendientes, depende de la capacidad que tengamos de imponer un gobierno de la clase trabajadora y los sectores populares.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Azpiazu, Daniel y Martín Schorr, *Hecho en Argentina: industria argentina, 1976-2007*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010.

Basualdo, Eduardo, *Sistema político y modelo de acumulación*, Cara y Ceca, Buenos Aires, 2011.

Castillo, José, *La economía argentina desde mediados del 2002*, Anuario EDI Nro.3, Buenos Aires, 2007.

Castillo, José, *La economía argentina, el conflicto del campo y las perspectivas en el corto plazo*, Anuario EDI Nro.4, Buenos Aires, 2008.

Castillo, José, *Crisis de la Economía Mundial: 40 años de crisis crónica del capitalismo*, Edición Voz de los Trabajadores, Caracas, 2009.

Castillo, José, *Más allá del doble discurso: la continuidad de un modelo de acumulación excluyente, concentrado y extranjerizante. Apuntes para analizar la política económica kirchnerista*, Anuario EDI Nro. 5, Buenos Aires, 2010.

Castillo, José, *Deuda Externa: colonización, miseria y corrupción*, Ediciones El Socialista, Buenos Aires, 2010.

Castillo, José, *La crisis mundial y el hundimiento del proyecto imperialista de la Unión Europea*”, Jornadas de Economía Crítica, Córdoba, 2012.

Documento del EDI, *Los banqueros festejan. El país se endeuda: ¿se ha vuelto progresista pagar la deuda? Consideraciones sobre el canje y sus implicancias*, Anuario EDI Nro 5, Buenos Aires, 2010.

Documento del EDI, *¿Por qué rebrota la inflación? Consideraciones sobre sus causas y soluciones*, Anuario EDI Nro 5, Buenos Aires, 2010.

Gigliani, Guillermo y Gabriel Michelena, *Los problemas estructurales de la industrialización argentina*, Realidad Económica, Buenos Aires, 2013.